

# UN COMENTARIO A *LA REALIDAD* *TRANSFIGURADA* DE LUIS VILLORO

Juan Álvarez-Cienfuegos Fidalgo  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En el artículo que abre este número de *Devenires*, el maestro Luis Villoro aborda un aspecto de la célebre novela de Miguel de Cervantes, aquel que tiene que ver con la relación entre la realidad y la creación poética. Espero no falsear su idea central, en último término el lector puede releer su texto, si la condenso de esta forma: la realidad imaginada por la novela —o la poesía— es una realidad transfigurada, no falsa, que se manifiesta por medio de la emoción y la ilusión y que, señalando que lo que se da en llamar la realidad es un engaño, la vence superándola y creando una realidad superior imaginada.

Sin ánimo de entrar en polémica, sí quisiera apuntar una razón, no es la única, que pudiera dar cuenta de la transformación de don Quijote en un hacedor de nuevas realidades a partir de la mostrenca realidad que consigue transfigurar. Sugiero que desempeña un papel de primera importancia en ese proceso el libro, la lectura y el nuevo género literario que anuncia.

*El Quijote* es un libro hecho de multitud de libros y un libro en el que la referencia a los libros es constante: por su producción misma, tal como ocurre con la visita de don Quijote a una imprenta en Barcelona de donde

sale airado el Caballero porque se encuentra con una edición apócrifa de la Primera Parte de su historia; por su presencia a lo largo de la novela, ahí está el escrutinio del cura y del barbero de la biblioteca de don Quijote, la alusión a los libros que tiene en su casa el caballero del Verde Gabán, la lectura hecha por el cura, en la venta, del cuento “El curioso impertinente”; por la serie de géneros literarios que se dan cita en él, pues nos encontramos con novelas pastoriles y relatos de asunto morisco, con el género epistolar y varios discursos inspirados en la preceptiva de la oratoria, con escenas teatrales y pasajes de sabor picaresco; por el hecho mismo, ya mencionado, de que don Quijote y Sancho sepan, en la Segunda Parte, que sus aventuras ya están impresas y corren de mercado en mercado, incluso de que hay una parte apócrifa y traicionera que circula falseando su historia, es decir, que en varios pasajes de esta Parte, la Primera –impresa diez años antes– será aludida, alabada, criticada y comentada por los mismos seres de la ficción; ¿para qué continuar?, el propio protagonista no se entiende sin la existencia del libro, leyendo pasajes como “la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura”, se devanaba los sesos, intentando desentrañar el sentido de tan arcanas razones, y, a la postre, “en resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

Y no hay libros sin lectores. Aquí es preciso hacer una aclaración. En primer lugar, se debe resaltar el hecho de que las diferencias sociales no implicaban una diferencia cultural de carácter similar; pues, las élites culturales prestaban atención a la rica literatura oral y los analfabetos no quedaron excluidos de conocer las obras literarias más populares de la época por la lectura en voz alta que de ellas se hacía. De nuevo es en el propio *Quijote* donde nos encontramos con una escena en la que el cura lector tiene suspensos a los huéspedes y al mismo ventero leyendo el cuento citado más arriba. Un ejemplo de la curiosa relación que existía en la época con la escritura nos lo proporcionan las cartas que se intercambian Sancho y su mujer, los dos analfabetos, pero se las arreglan para que se

las escriban y se las lean. De hecho, en numerosas casas de gentes que no sabían leer se encontraban libros.

Veamos cómo leemos. La lectura de un libro exige una especial postura, el libro abierto ya es en sí mismo una metáfora en el sentido de atrapar la atención del lector y, en cierto modo, atraerlo hacia sí de tal forma que la disposición toda del cuerpo está en función de la lectura. El lector queda absorbido físicamente por el libro y está embebido en él. Por otra parte, nos podemos preguntar cómo leía don Quijote. Lo más verosímil es que leyera en silencio, frente a la lectura en voz alta, muy frecuente en la época, incluso cuando se estaba solo; en este sentido, es muy significativa la definición que da Sebastián de Covarrubias del verbo *leer* en su *Tesoro de la lengua castellana o española* publicada en 1611: “es pronunciar con palabras lo que por letras está escrito.” La lectura silenciosa, que duda cabe, provoca una mayor fruición en el lector, cuánto más si esa lectura se lleva a cabo en medio de la noche manchega, a la luz de un candil y con el rumor lejano de un ladrido o un golpe de viento.

*El Quijote* está considerada como la obra inaugural de un nuevo género literario, la novela. Puesto que la crítica literaria no llega a un acuerdo acerca de la definición de los géneros literarios, e incluso pone en duda la legitimidad de la referencia a los mismos, parece más pertinente no la pregunta de qué es una novela, sino otra de carácter muy distinto que tiene al lector como destinatario: ¿qué les hacen las novelas a sus lectores? Cuando interrumpimos la lectura de una novela o le damos fin, nos parece que salimos de otra vida, que la lectura nos sacó de nuestra propia existencia y nos llevó a la de los personajes con la que aquella nos permitió convivir o, incluso, “entrar” en su mundo, en su vida, en su interior, y, en un movimiento recíproco, también quedamos expuestos a que los personajes y sus conflictos “entren” en nosotros. La novela, en este sentido, nos invade y nos enriquece, multiplica nuestra existencia, nos libera en cierto modo de nosotros mismos y nos permite vivir otras vidas. Por ello, el aviso del *Quijote* es evidente. Perdido en la Mancha, en un lugar cuyo nombre no recuerda su autor, don Quijote, que ve menguada su capacidad de acción, lee para salir de sí mismo y no aburrirse. Como todo lector, sustituye su propia vida, su propia acción, por vidas y acciones de otros,

con los que se identifica. Es decir, quiere ser otro, y el particular anhelo de cada uno por desdoblarse en una persona diferente encuentra su inspiración en los libros a los que uno se entrega.

Las novelas se leen, como ya lo hace don Quijote, en soledad y en silencio; es uno quien se las tiene que ver con la historia que se cuenta, uno quien al leer no tiene más remedio que arriesgar algo en la lectura. El mismo don Quijote nos describe su metamorfosis provocada por la lectura. En diálogo con el canónigo hace explícito qué es capaz de hacer una novela; tras la descripción de un hermoso y fantástico pasaje en el que el caballero relata cómo es posible quedar absorbido por la narración, concluye, “no quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla a cualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mi sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos”.

En suma, la facilidad para conseguir libros debido a la extensión de la imprenta, la relativa sencillez de la lectura con la paulatina uniformidad de tipos en la impresión, la posibilidad de comprar libros sin pertenecer a la clase pudiente, una existencia proclive al tedio, una mentalidad que inspirada en las lecturas de los libros de caballería se subleva contra las injusticias sociales, un nuevo género literario capaz de conseguir que quedemos abstraídos de cuanto nos rodea y el hecho mismo de hacerlo en silencio crean una novedosa potencialidad de la lectura, una fruición estética de tal intensidad que en el caso de don Quijote alcanzó la máxima intensidad.

Como afirmaba al comienzo de estas notas, creo que el libro, la manera de leer y la novela como particular género literario, sin pretender reducir a lo dicho el efecto de la fruición estética, sí son importantes para activar esa capacidad de transformar la engañosa realidad en otra realidad que por ser de ficción es más real.

NOTA BIBLIOGRÁFICA. Para la redacción de estas líneas tuve presentes, sobre todo, las siguientes obras: Antonio Feros y Juan Gelabert (dirs.), *España en tiempos del Quijote*, México, Taurus, 2005, Margit Frenk, «Oralidad, escritura, lectura» en *La lengua de Cervantes y el «Quijote»*, un conjunto de estudios contenidos en *Don Quijote de la Mancha*, México, Edición del IV Centenario, 2004, Stephen Gilman, *La novela según Cervantes*, México, F.C.E., 1993 (original en inglés, 1989), Fernando del Paso, *Viaje alrededor de El Quijote*, México, F.C.E., 2004, Martín de Riquer, *Aproximación al Quijote*, Estella, Salvat, 1971 y Gonzalo Torrente Ballester, *El Quijote como juego y otros trabajos críticos*, Barcelona, Destino, 2004 (edición original, 1974).